

A LA MEMORIA DE JORGE JOSÉ FERRER NEGRÓN (Puerto Rico, 14/09/1951 – 21/09/2024)

Emilio Martínez Navarro (Catedrático de Filosofía Moral, Universidad de Murcia)

Las despedidas de los seres queridos son siempre muy dolorosas, y en este caso ha sido para mí especialmente dolorosa por inesperada y sorpresiva. De pronto te dan la noticia y te quedas noqueado, sin palabras, repleto de dolor. Pero la vida sigue y poco a poco se abre paso el consuelo de los buenos recuerdos compartidos con la persona fallecida. Y de esos buenos recuerdos quiero hablar aquí, para dar testimonio de la enorme talla intelectual, la sabiduría, la solidaridad, el buen hacer, el buen humor, la alegría de vivir, la amistad y la bondad, en la persona de mi buen amigo Jorge Ferrer. Ojalá exista otra vida para el reencuentro con los seres queridos: reencontrarse con Jorge será entonces un acontecimiento memorable. Porque lo peor de la muerte, en mi opinión, es el cese de la comunicación, la imposibilidad de entablar una nueva conversación, de dar y recibir un nuevo abrazo, de dar y recibir gestos amables y cordiales. Por mucho que la tecnología nos permita conectar con cualquier persona en el planeta en cuestión de segundos, no alcanza para conectarnos con las personas fallecidas, y en este caso no nos queda más remedio que esperar o desesperar: tener fe o resignarnos a que la despedida es para siempre. Jorge nos mostró, con su vida y con su obra, que merece la pena tener fe, que es razonable tenerla, aunque no tengamos una demostración científica de que habrá justicia para las víctimas de la historia.

Si pienso en la sonrisa de mi buen amigo Jorge, no puedo menos que sonreír yo también, porque su alegría era contagiosa. Como ser humano y como cristiano, dio testimonio todo el tiempo de que la alegría es la señal de que uno se siente en paz y en armonía con la vida, y no amargado, ni rencoroso, ni resentido. Si dices que te has encontrado con Jesucristo y vas triste por la vida, entonces no me creo que te hayas encontrado con Él. Porque ese encuentro es de los que te cambian por completo y te llenan de gozo, de manera que ya no te nace hacer maldades ni arrastrar resentimientos. En este sentido, la relación de Jorge con cualquier persona era motivo de pura alegría, de buen humor, de auténtica muestra de haber tenido y seguir teniendo verdadera fe en el Evangelio de Jesús de Nazaret: era el buen samaritano, el hombre que consuela y acompaña de corazón, el compañero que camina a tu lado con respeto, buen consejo y amor incondicional.

Como filósofo demostró que se puede profundizar y debatir sobre cualquier tema de interés con total libertad de conciencia y con el máximo respeto a las posiciones rivales, sin fundamentalismos ni sectarismos, pero con especial sensibilidad hacia los más vulnerables, tanto personas, como animales, como el planeta herido. Su obra muestra una especial atención a los temas de Bioética, llegando a ser reconocido en la academia como un experto de talla internacional. Sus aportaciones son tan valiosas como ampliamente citadas. Su pensamiento es claro, ordenado, riguroso y muy bien documentado. No en vano llegó a ser catedrático de Bioética en la Universidad de Puerto Rico (de 2012 a 2018 dirigió el *Instituto de Bioética Eugenio María de Hostos* del Recinto de Ciencias Médicas, en San Juan de Puerto Rico).

Quiero destacar, para terminar este breve homenaje a la memoria de Jorge Ferrer, unas palabras suyas que probablemente podrían servir como su testamento filosófico:

He sostenido que la reflexión sobre el principio fraternidad tiene su punto de partida y fundamento último en el dato incontestable de nuestra común humanidad. A pesar de todas las diferencias que existen entre nosotros, en cuanto a nuestra humanidad somos todos esencialmente iguales. En el fondo, todos los agravios morales, desde los más monstruosos hasta los menos llamativos, ¿no suponen siempre una falta de reconocimiento de la igualdad y del inestimable valor de la otra persona o del otro grupo humano? [...] ¿No suponen todas estas situaciones una negación de la plena humanidad de los otros, de su ser merecedores, como yo, del respeto y consideración que cada uno quiere para sí y para aquellos a los que ama? El reconocimiento de la otra persona como un igual, inevitablemente me mueve a reconocer su valía y la consideración que merece; a comprender que no puede ser descartado como un objeto inservible. He argumentado que la fraternidad requiere también el cuidado y la ayuda mutua entre las personas, sobre todo en las situaciones de vulnerabilidad y fragilidad. El principio fraternidad va más allá de las exigencias de la justicia, poniendo también los fundamentos para una ética del cuidado recíproco entre los miembros de la sociedad fraternal, que hoy debería ser cosmopolita. Es la actitud del samaritano, reconociendo que todos somos también, en muchas circunstancias, los heridos que necesitan ser cuidados.

(Ferrer, J. J. (2022): “El principio fraternidad: una propuesta ética inspirada por *Fratelli Tutti*” en Amo Usanos, R. *Bioética para una sociedad envejecida*, Madrid: Universidad Comillas, pp. 105-122. La cita está en la p. 119).

-----o-0-o-----